

**II Congreso Nacional de la Familia**  
**y**  
**Foro Mundial de Familias Mundi 2011**

**Palabras conclusivas**

Guayaquil, 12 de noviembre 2011

Hace un año llegó hasta el Ecuador la invitación del Santo Padre Benedicto XVI a preparar con mucha fe y compromiso interior el VII Encuentro Mundial de las Familias, que se celebrará el año próximo en Milán. Nos escribió estas palabras:

*“El próximo Encuentro mundial de las familias constituye una ocasión privilegiada para repensar el trabajo y la fiesta en la perspectiva de una familia unida y abierta a la vida, bien insertada en la sociedad y en la Iglesia, atenta a la calidad de las relaciones además que a la economía del núcleo familiar. El acontecimiento, para que sea realmente provechoso, no debería quedar aislado, sino colocarse dentro de un itinerario adecuado de preparación eclesial y cultural. Por tanto, deseo que ya durante el año 2011, XXX aniversario de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, «carta magna» de la pastoral familiar, se pueda emprender un itinerario eficaz con iniciativas de ámbito parroquial, diocesano y nacional, que pongan de manifiesto experiencias de trabajo y de fiesta en sus aspectos más verdaderos y positivos, considerando especialmente la incidencia sobre la vida concreta de las familias.”<sup>1</sup>*

La invitación provenía del Papa que inauguró la Vª Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, y que la orientó e inspiró de manera magistral mediante su discurso inaugural y su apoyo en la oración. Por eso escribió en marzo del presente año a los obispos responsables de la pastoral familiar en nuestros países:

---

<sup>1</sup> Benedicto XVI, carta al Card. Ennio Antonelli, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia, y al Cardenal Dionigi Tettamanzi, Arzobispo de Milán, 23 de agosto de 2010.

*“Como ha reiterado la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, la familia es el valor más querido por los pueblos de esas nobles tierras. Por este motivo, la pastoral familiar tiene un puesto destacado en la acción evangelizadora de cada una de las distintas Iglesias particulares, promoviendo la cultura de la vida y trabajando para que los derechos de las familias sean reconocidos y respetados.*

*(...) Cristo con su gracia nos impulsa a trabajar con diligencia y entusiasmo para acompañar a cada uno de los miembros de las familias en el descubrimiento del proyecto de amor que Dios tiene sobre la persona humana. Ningún esfuerzo, por tanto, será inútil para fomentar cuanto contribuya a que cada familia, fundada en la unión indisoluble entre un hombre y una mujer, lleve a cabo su misión de ser célula viva de la sociedad, semillero de virtudes, escuela de convivencia constructiva y pacífica, instrumento de concordia y ámbito privilegiado en el que, de forma gozosa y responsable, la vida humana sea acogida y protegida, desde su inicio hasta su fin natural. Vale la pena también continuar animando a los padres en su derecho y obligación fundamental de educar a las nuevas generaciones en la fe y en los valores que dignifican la existencia humana.*

*No dudo que la misión continental promovida en Aparecida, y que tantas esperanzas está despertando por doquier, sirva para avivar en los amados países latinoamericanos y del Caribe la pastoral matrimonial y familiar. La Iglesia cuenta con los hogares cristianos, llamándolos a ser un verdadero sujeto de evangelización y de apostolado e invitándolos a tomar conciencia de su valiosa misión en el mundo.*

*Aliento, pues, a todos los participantes en esta significativa reunión a desarrollar en sus reflexiones las grandes líneas pastorales marcadas por los episcopados congregados en Aparecida, favoreciendo así que la familia pueda vivir un profundo encuentro con Cristo a través de la escucha de su Palabra, la oración, la vida sacramental y el ejercicio de la caridad. De este modo, se le ayudará a poner en práctica una sólida espiritualidad que propicie en todos sus miembros una decidida*

*aspiración a la santidad, sin miedo a mostrar la belleza de los altos ideales y las exigencias éticas y morales de la vida en Cristo.”<sup>2</sup>*

Las palabras del Papa no han caído en el vacío. La Iglesia en el Ecuador y las familias, las ‘iglesias domésticas’, de esta querida porción del Pueblo de Dios, las acogieron con el corazón abierto, y con el ánimo de responder a ellas. El Santo Padre les ha manifestado su cordial cercanía y les ha enviado su Bendición Apostólica, consciente de las iniciativas que todos ustedes han impulsado, y de la labor pastoral, de gran riqueza y fecundidad, que ha desarrollado la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Ella le encargó la preparación y dirección de este II Congreso Nacional al Presidente de la Comisión Episcopal de Laicos, Mons. Germán Pavón Puente y a sus colaboradores. Lo han hecho con tanta competencia y amor a las familias, que han merecido todo nuestro reconocimiento, y un fuerte aplauso. También lo merecen las autoridades de la Universidad Técnica Particular de Loja, y de la Fundación Familias Mundi, como asimismo el Consejo Ecuatoriano de Laicos Católicos, quienes han colaborado con gran competencia, generosidad y entusiasmo al éxito de este II Congreso Nacional. También a ellos, nuestra gratitud y nuestro cordial aplauso.

Los discípulos de Emaús tuvieron una vivencia estremecedora, que marcó sus vidas. Regresaban apesadumbrados a su pueblo, después de la demoledora experiencia de la muerte de Cristo. Había muerto su Vida, su Camino, su Verdad y su Esperanza. Discutían entre ellos llenos de tristeza. El mismo Señor resucitado quiso acompañarlos por el camino y les explicó lo que había sobre Él en las Escrituras.

En diversas situaciones históricas, no faltan quienes creen que la palabra del Señor se desvanece, que pierde su fuerza de atracción la Buena Noticia, que comienza secarse el río de agua viva, que surge del templo vivo que es la Iglesia. Son situaciones en las cuales el Señor de la Vida y de la Historia nos invita a vivir, más que nunca, como discípulos y misioneros de Jesucristo; y a empeñarnos con el Santo Padre y los obispos, a favor de la vida nueva en Cristo de nuestros pueblos, y por eso, con el amor en Cristo, con la fidelidad en Cristo, y con la esperanza en Cristo de nuestras familias.

Los discípulos, cuando compartieron la mesa con este sorprendente caminante, y lo acompañaron en la ‘fracción del pan’, es decir, en la

---

<sup>2</sup> Benedicto XVI, Mensaje para el Encuentro de obispos responsables de las Comisiones Episcopales de Familia y Vida de América Latina y el Caribe, 28 de marzo de 2011.

Eucaristía, lo reconocieron. Quien los había acompañado había sido Jesús, su Roca y su Esperanza, que realmente había resucitado, y se había preocupado de ellos, saliendo al encuentro de su desaliento y tristeza. Recapitaron sobre la experiencia del camino, y se dijeron: ‘¿Cómo ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras!’

¿No hemos tenido una experiencia semejante durante las jornadas de este II Congreso Nacional de la Familia? ¿No han ardido nuestros corazones al recordar y escuchar nuevamente las palabras de la Sma. Trinidad, al concluir la Creación: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza’, creándolos varón y mujer? ¿No han ardido nuestros corazones al meditar sobre el compromiso irrevocable de Cristo, del Esposo de la Iglesia, con cada matrimonio que selló en la Iglesia su alianza conyugal? ¿No han ardido los corazones de Uds. al hacer memoria de su maravillosa vocación a vivir como ‘iglesias domésticas’, a ser ‘santuarios de la vida’, a edificar la Iglesia y la sociedad como sus células vivas, sus mejores escuelas de los valores humanos y cristianos de la cultura ecuatoriana, y a trabajar conforme a su dignidad de hijos de Dios? ¿No ardían sus corazones, al agradecer el don de Dios que representa cada esposa y cada esposo para su cónyuge, cada hijo para sus padres y hermanos, cada abuelo y cada nieto, dones de Dios que celebramos, del Dios que comparte con ustedes su paternidad, su solicitud materna y su trabajo en bien de la sociedad? ¿No ha crecido el anhelo gozoso de celebrar el domingo, “día del Señor y día del hombre, día de la familia, de la comunidad y de la solidaridad”<sup>3</sup>, y su fuente de vida, la Eucaristía dominical, como la gran fiesta semanal en la cual agradecemos la Pascua y la Nueva Alianza?

Queridas familias ecuatorianas, en una ocasión Jesucristo les habló a sus discípulos sobre sí mismo, sobre el Pan bajado del cielo para la vida del mundo. Podemos decir que en este Congreso nos ha hablado también de la familia, cuya unión Dios mismo ha sellado, cuyo amor, Él vivifica, cuyo perdón, siempre alienta. En ese sentido podemos decir que Dios nos ha hablado de las familias que provienen del cielo para la vida del mundo. En Cafarnaum, numerosos discípulos no tan cercanos a Jesús comenzaron a alejarse de Él. Jesús preguntó a los doce apóstoles: ‘¿También ustedes quieren marcharse?’ Tomó la palabra Pedro, el hombre generoso e impetuoso, que sería la cabeza de los apóstoles y de la Iglesia, el futuro Papa, y le respondió de inmediato: ‘Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna?’

---

<sup>3</sup> Benedicto XVI, carta del 23 de agosto de 2010.

Es nuestra primera respuesta, llena de gratitud, al término de este II Congreso. Al recordar las enseñanzas de tantos falsos profetas sobre la familia, le aseguramos a Jesús, movidos por el Espíritu Santo: ¡Cuenta con nosotros! No nos dejaremos seducir por ningún falso profeta, porque somos discípulos tuyos, y sólo tú tienes palabras de vida eterna. Es nuestra convicción llena de fe, de gozo y de esperanza. Es la convicción que compartimos con Pedro, con el sucesor de Pedro, el Papa, y con todos los sucesores de los apóstoles: ¡Señor Jesús, Esposo de la Iglesia, tú tienes palabras de vida eterna! Siempre, en todas las circunstancias, en las alegrías y en las penas, cuando se reconozca y cuando se niegue la Buena Noticia de la vida y de la familia, del trabajo y de la fiesta, siempre te dirán tus discípulos y tus familias discípulas: ¡Habla, Señor, que tus siervos, tus discípulos, te escuchan! Te escuchan como hijos de Dios cuando están en sus hogares, cuando trabajan y cuando celebran fiesta; más que nunca, cuando celebran la Eucaristía en tu día, Señor.

Pero queremos escuchar de la manera como lo hacía la primera discípula de Jesús, su madre santa María. ¡Bienaventurada tú por haber oído la palabra de Dios y haberla puesto en práctica! Nuestro camino es un camino mariano. Estamos decididos a ser coherentes con el gozoso mensaje de la Anunciación y del Magnificat, pero también compartimos con ella los trabajos y las fatigas de la vida pública de su Hijo. Compartimos con ella la esperanza que despertó en el pueblo el Sermón de la montaña y sus milagros, asimismo el indecible sufrimiento de su pasión y muerte, sin dudar de su Resurrección. Compartiremos con ella, al salir de este II Congreso, la oración por los dones del Espíritu Santo para hacer vida el Evangelio de la familia, el compromiso de Cristo con las familias cristianas, y su cercanía en nuestras “iglesias domésticas”. Con mucha confianza queremos venerarla como Nuestra Señora del amor hermoso, de la fidelidad y de la esperanza.

El Congreso concluye sus Asambleas, pero no sus trabajos. La convocación se prolongará en las parroquias, en muchas otras comunidades y en los movimientos eclesiales. Los compromisos que ustedes han asumido en sus corazones y en las conclusiones proclamadas, postulan su cumplimiento, quieren encarnarse y ser fecundos. No todo será fácil. También surgirán las horas de sufrimiento, de renunciaciones, de incomprensiones y aun de persecuciones, como en la vida de las nacientes comunidades cristianas. Pero aun esas horas las queremos vivir cerca de la Sagrada Familia de Nazaret, como discípulos misioneros de Cristo, el Esposo, con la esperanza de la resurrección.

Familias reunidas en las cinco sedes del Congreso, y familias que nos acompañan desde sus hogares, toda la Iglesia, y en primer lugar el Santo Padre, les agradece este Congreso y su compromiso misionero. Lo agradecerán también sus hijos, y los hijos de sus hijos. ¡Que brille en ustedes el Evangelio de Cristo, y que lo proclamen por desborde de gratitud y alegría! ¡Que el Ecuador sea el país del trabajo digno y justo, que favorece a la familia y la dignidad de todos como hijos de Dios. ¡Y que nunca se apague la alegría, la música, la gratitud y la fiesta, de quienes peregrinan hacia la gran fiesta del cielo!

A nombre de su Eminencia, el Cardenal Ennio Antonelli, Presidente del Pontificio Consejo de la Familia, que me envió como su representante, les agradezco de corazón este Congreso que concluye, y que ha contado con la generosa bendición de Dios.